

1

Las mujeres divorciadas dan la impresión de relacionarse de forma natural entre ellas. Ni Taeko Asano ni su grupito de amigas eran la excepción.

Aunque en el Japón de comienzo de los años sesenta, a diferencia de lo que ocurría por entonces en Estados Unidos y otros países, la situación de una divorciada no permitía que abundasen entre ellas esas que pudieran llamarse advenedizas del divorcio, lo cierto es que las tres mujeres que formaban parte de ese grupo llevaban una vida libre y, a los ojos de la gente, bastante entretenida.

Taeko era propietaria de una *boutique*; Suzuko Kawamoto, de un restaurante, y la otra, Nobuko Matsui, trabajaba como crítica de cine y moda. Ya en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial las tres habían sido miembros destacadas de la flor y nata de la sociedad japonesa.

Durante la guerra a nadie le extrañó que, tratándose de unas mujeres jóvenes como ellas y con una fama ya en entre-

dicho, acabaran divorciándose. Bien es cierto que no se les dio mal mantener en secreto los devaneos efímeros que se permitieron con bastantes personas en los años de la contienda, unas ligerezas que la confusión de la posguerra pareció haber borrado por completo. O casi por completo, si no fuera por unos cuantos vividores que estaban ahí para dar fe de la juventud disipada de las tres amigas. Y, aunque durante cierto tiempo a las tres les dio por negar al unísono y con un mohín de disgusto la veracidad de todas esas historias, ahora, entre ellas, se guiñaban el ojo en un gesto de tácita complicidad.

Generalmente, los padres con hijas de conducta semejante a la de ellas lo que más quieren es casarlas cuanto antes, una rapidez causante tal vez de que, en este caso, la vida matrimonial de estas tres amigas hubiera sido, por igual en las tres, bastante desgraciada. Por lo que atañe a Taeko, su marido resultó un perfecto inútil para la vida y, por añadidura, un hombre poseído por unas inclinaciones insoportables. A las otras dos, los maridos les salieron por el estilo. A pesar de que entre ellas reinaba una confianza que las tenía habituadas a contarse sus secretos sin reservas, estaban también unidas por una especie de consenso tácito para no hablar de sus exmaridos.

Había un hecho cierto, y era que, si Japón no hubiera perdido la guerra, las tres habrían podido ofrecer a la sociedad una imagen de fieles esposas y, cada una a su manera, habrían acabado siendo las respetables señoras de fulano y mengano.

El lector probablemente sepa que en los años treinta y cuarenta las bombillas de la mayoría de las habitaciones emitían una luz tan débil que, en comparación con lo que ocurre hoy en día, el interior de las casas era sumamente sombrío. Esta os-

curidad era la misma para los ricos que para los pobres; e incluso en las espaciosas mansiones de los primeros daba la impresión de ser más profunda, al estar extendida sobre una superficie mayor. Así, bajo esa iluminación mortecina, también estas mujeres, hartas de su vida conyugal, no podían dejar de pensar que la falta de luz era común en todas las casas.

Por lo tanto, se puede decir que la derrota en la guerra y la democracia que la siguió fueron la causa de sus respectivos divorcios. El corto periodo de casada de cada una de ellas, lleno de memorias desagradables que detestaban recordar, había sido, igual que la iluminación de sus casas, la parte más sombría de sus vidas.

Se veían con frecuencia. Sin embargo, como por unas cosas u otras las tres andaban bastante ocupadas por el trabajo, se decidió que tendrían un encuentro todos los meses.

Aquel 26 de enero habían quedado a las ocho para cenar las tres en un restaurante situado en el barrio tokiota de Roppongi.

Ese día, Taeko Asano salió de su tienda a las seis a fin de pasarse por un cóctel al que la habían invitado, y, luego, poder llegar a tiempo a su cita de las ocho.

El cóctel tenía lugar en la embajada de un país pequeño de Europa. Fue la esposa del embajador, una de sus clientas regulares, quien la había invitado. Pero por lo que Taeko había sabido, fue el embajador, un hombre de baja cuna pero esnob a más no poder, quien se había apresurado a agregar su nombre a la lista de invitados nada más enterarse de que había sido la esposa de un barón. Cada vez que asistía a este tipo de cócteles, a Taeko le encantaba la rapidez con que se meta-

morfoseaba. Solía cambiarse de ropa en el cuarto del fondo de su *boutique* mientras ponía en marcha a sus costureras.

Se puso un traje Chanel de satén negro y de *tweed* trenzado sobre una blusa de seda tailandesa de color azul grisáceo, un collar y una pulsera de perlas negras; y enfundó las manos en unos guantes largos de cuero gris adornando uno de los dedos enguantados con un diamante. El bolso de noche era de lamé plateado; los zapatos, sin tacón, de charol negro. Finalmente, a juego con el tejido del traje, se perfumó con una fragancia marca Satén Negro y se cubrió los hombros con un chal de visón argentado.

La *boutique* estaba en el barrio de Ryudomachi; la embajada, en el de Azabu; y el restaurante de las ocho, en Roppongi. Afortunadamente, eso quería decir que esa tarde a Taeko le bastaba con hacer una pequeña ronda para cubrir los tres puntos. El chófer de su tienda la dejaría en la embajada y volvería a buscarla después de haber realizado dos o tres entregas a clientes.

Es cierto que hay embajadas de toda clase y condición. Ésta, aunque pequeña y después de haber sido sometida a algunos cambios, ocupaba una mansión señorial que se había librado de los incendios de la guerra y cuya entrada, espaciosa y flanqueada de pinos, permitía maniobrar a los automóviles que llegaban.

La difunta madre de Taeko había celebrado con frecuencia en su casa fiestas a las que solía invitar a muchos extranjeros. Como eran los años de la guerra, se veían sobre todo caras de alemanes e italianos; y Taeko ya de jovencita sabía muy bien cómo conducirse en este tipo de fiestas. Su madre no dejaba de

pasar todos los fines de semanas recluida en su villa de Hakone, al suroeste de Tokio, donde se dedicaba a contestar el correo acumulado durante la semana escribiendo cartas en un papel impreso con el blasón familiar.

A los trece o catorce años a Taeko ya le habían enseñado el significado de la sigla francesa *RSVP* —«se ruega contestación»— inscrita en el ángulo izquierdo de las invitaciones. En realidad se trataba de un conocimiento perfectamente inútil; y, así, sin saber muy bien qué podría resultarle necesario para el futuro, había entrado en la edad adulta.

... En el vestíbulo de la embajada estaban de pie el embajador y su esposa recibiendo a los invitados. La embajadora vestía un espléndido vestido de cóctel en brocado de sarga confeccionado en la *boutique* taller de Taeko. Si ésta se había decidido por un conjunto de ropa y accesorios dominados por los tonos oscuros, era precisamente porque sabía qué iba a ponerse su anfitriona esa tarde. La embajadora solía llamarla familiarmente «Taeko», pero en esta ocasión se dirigió a ella como «baronesa». El embajador, a pesar de su aire somnoliento de siempre, recibió a su invitada con una alegría que no parecía fingida. Por su parte, Taeko dirigió dos o tres palabras halagadoras a la embajadora sobre lo bien que le quedaba el vestido, a lo cual ésta respondió radiante devolviéndole el cumplido. ¿No es absolutamente extraño este mundo del comercio en el cual el vendedor complace al cliente felicitándolo por el producto que ha vendido en su propia tienda?

La embajadora estaba obsesionada por el volumen excesivo de sus caderas y de sus piernas, pero el oficio de Taeko con-

sistía, precisamente, en simpatizar con los puntos flacos de sus clientas. En este sentido no había ninguna diferencia entre extranjeras y japonesas; y Taeko sabía bien que las mujeres que, de puertas afuera, aparentan una gran seguridad en sí mismas son las que, de puertas adentro, más sufren de algún complejo de inferioridad física.

Taeko, después de dejar al embajador y a su esposa, se giró para pasear la vista sobre los otros invitados que estaban de pie en una sala de iluminación más bien débil. Se asombró entonces de que casi todas las caras que veía le resultaban conocidas.

Y un invitado tras otro le decían: «¡Mis respetos!». Este saludo, aunque antes de la guerra era propiedad de un grupo de aristócratas, ahora era usado hasta la saciedad incluso por los dueños de los restaurantes y las encargadas de los bares de copas. ¿No era perfectamente absurdo usarlo una y otra vez, incansablemente?

«¡Pero si aquí no hay más que una colección de antiguallas!», se dijo Taeko mientras esbozaba una ligera sonrisa.

Se encontraban allí el señor A, antiguo marqués, un distinguido ornitólogo, al lado de su esposa; los señores B, un matrimonio con acceso a la corte imperial; los señores C, que hasta no hace mucho se codeaban con la flor y nata de la sociedad; los antiguos condes D, cuyas cacerías de tigres habían sido famosas, y muchos más invitados. Taeko paseaba su mirada sobre todo el mundo allí congregado sin poder evitar una viva sensación de hastío hacia sí misma al recordar la sucesión de escándalos provocados años atrás por todos ellos. Por ejemplo, el amante clandestino de una mujer todavía hermosa, que en otro tiempo se había elevado a la cima de la pi-

rámide social, ahora se había convertido en un exembajador completamente calvo.

Al contemplar a tales personas en esta estancia envejecida de estilo inglés dentro de un edificio de antes de la guerra, Taeko se preguntaba si el tiempo no había iniciado una cuenta atrás. Sin embargo, podría decir que la situación habría resultado divertida si esta recepción hubiera sido ofrecida en la casa de alguna de estas personas, las cuales, por otra parte, habían aceptado la invitación de un extranjero loco por la nobleza y ajeno, por lo demás, a ellos mismos. Aunque, hablando con toda crudeza, como la recepción iba a ser seguida de un bufet, para todos ellos no dejaba de tratarse de una ocasión de llenar gratis sus estómagos.

Aun así, Taeko, al cruzar la mirada con todos, tuvo de inmediato una sensación desagradable. Los ojos de la totalidad de ellos reflejaban una mezcla de desdén y envidia por el éxito de la *boutique* que Taeko había abierto. No les hubiera importado hacer zalamerías ante cualquier actriz de cine, pero adoptaban de forma instintiva una postura desafiante ante alguien como ella que, en su opinión, había traicionado su pertenencia a la antigua clase social. Es más, antes de ser menospreciados, se apresuraban a tomar la delantera y menospreciar ellos mismos.

Taeko comprendía bien el motivo de la animadversión de Suzuko y Nobuko, sus dos amigas, hacia esta gente. Entonces, con objeto de dar pasto a la maledicencia de todos ellos, se acercó resueltamente a un grupo de extranjeros compuesto exclusivamente por hombres.

Éstos, halagados, envolvieron a Taeko en un círculo.

Bien pensado, ¿quién podría poner en duda la vulgaridad de todos estos halagos y requiebros hacia una mujer? ¿A quién creían engañar festejándola así? Era evidente que ninguno de esos extranjeros podría quitarse de la cabeza el prejuicio de ligereza que achacaban a las japonesas.

Además, estaba la opinión que Taeko tenía de los occidentales. Detestaba su piel: esa piel de pollo cuya transparencia casi permite ver el color de la sangre, una piel que envejece con una rapidez penosa y que siempre parece manchada. La razón de por qué nunca había aceptado las propuestas seductoras de occidentales se basaba en la sensación de extraña impotencia y de falta de energía vital que recibía de todos esos hombres; y eso a pesar del talle esbelto de muchos de ellos, de su vigor físico, de su nariz pronunciada, del perfil escultural de sus cuerpos.

—El otro día, haciendo turismo por Nara y Kioto, pude ver numerosas estatuas y pinturas budistas; pero ninguna de ellas transmitía nada de eso que pudiera llamarse atractivo erótico. En cambio, entre nosotros, «bárbaros de Europa», como nos llamáis, desde el Renacimiento está arraigada la costumbre de fusionar erotismo y belleza. Nos cuesta apreciar la belleza allí donde no percibimos alguna sombra de erotismo. En nuestra opinión, por lo tanto, tan sólo la mujer japonesa de nuestro tiempo es bella sin ningún género de dudas.

Tal fue la halagadora opinión expresada por un joven rubio de aspecto culto a pesar de su pose de ingenuo.

«¿Será así desde un punto de vista, digamos, animal? —se preguntó Taeko mientras posaba su mirada en el rostro de ese hombre no desprovisto de belleza viril—. Más que estos occidentales, los jóvenes japoneses poseen en mayor grado una be-

lleza animal, sí, una elasticidad salvaje, una flexibilidad, una belleza inexpressiva.»

En primer lugar, estaba esa nariz blanca y larguísima de los extranjeros cuya punta enrojecía y parecía quedar entumecida cada vez que le daba el viento frío del invierno, una visión nada agradable de ver. Afortunadamente, sin embargo, este salón tenía buena temperatura.

Una vez que la totalidad de los invitados parecieron haber llegado, el embajador y su esposa salieron a mezclarse y a departir con todos ellos. Los camareros, enguantados de blanco, hacían circular bandejas en donde había vasos de *whisky* con soda, martinis, y otras bebidas como manhattan, dubonnet, jerez. Mientras, pasaban camareras vestidas de quimono ofreciendo aperitivos pinchados por palillos.

El exmarqués ornitólogo se acercó a Taeko. El rostro de este anciano de setenta y cinco años, surcado de profundas arrugas, parecía haber sido cincelado siguiendo el modelo de una de esas esculturas de madera del estilo de la época Meiji¹. Sus rasgos se podían reconocer sólo en las caras de esos viejos actores encasillados en papeles secundarios del kabuki o del teatro de vanguardia de nuestros días. La piel blanca y arrugada de su garganta sobresalía por los bordes del cuello falso de su camisa.

—Disculpe, pero ¿no será usted la distinguida hija del señor Asano? —preguntó.

—Sí —respondió Taeko.

—A lo mejor usted no lo sabía —se aventuró a decir el anciano—, pero yo, después de graduarme en la universidad,

¹ De 1868 a 1912.

pasé cierto tiempo enseñando Zoología en el Colegio de Nobles, donde tuve el honor de tener como alumno a su padre de usted, el señor Asano. ¡Y qué bromista era su padre! En una ocasión en que le pedí que me trajera el esqueleto de un arqueóptero, tuvo la ocurrencia de traérmelo con una cinta roja alrededor de la cabeza. Una historia que acabó haciéndose famosa...

A pesar de que Taeko ya había oído tres veces de los labios de la misma persona esta historia del ave prehistórica, el viejo exmarqués, cada vez que se encontraba con Taeko, parecía comportarse como si la viera por primera vez.

En el salón más bien oscuro, esta recepción de fantasmas proseguía animada. El caballero que servía en el palacio imperial, y cuyo rostro poseía esa insipidez tan característica de la antigua nobleza cortesana, no paraba de beber mientras hacía preguntas directas; sin embargo, su porte parecía forzado, produciendo una impresión desagradable.

Aunque aquí no escaseaban joyas ni perfumes, se echaba en falta esa juventud y animación de la sociedad actual. ¡Justo lo que más le gustaba a Taeko! Ahora que lo pensaba: ¿cómo era posible que a su anfitrión el embajador se le hubiera ocurrido adornar de repente su salón con tal «colección de fantasmas»?

Taeko decidió entonces no tomar interés más que por el lado comercial. Con esta resolución en mente, las perspectivas de este aburrido cóctel para una Taeko ahora cazadora daban un giro de ciento ochenta grados. Y es que había tantas presas a tiro...

Ahí estaba, por ejemplo, la mujer del presidente de una empresa de productos textiles, una señorona a la que acababa

de ser presentada y con quien sólo había intercambiado dos o tres palabras. Bastaba una mirada para darse cuenta de que su vestimenta occidental, por mucho dinero que le hubiera costado, le sentaba fatal. A Taeko se le ocurrió la idea de ofrecerle suavemente algunas sugerencias y, sin lastimar el amor propio de esta mujer, de sacar partido rápidamente a sus complejos para convertirla en una cliente fija de su *boutique*. Taeko sabía que las técnicas de la psicología —algo que tenía bien aprendido por su crianza y que consideraba una parte del arte de vivir— determinaban en gran medida el éxito o el fracaso de las casas de alta costura.

Así, con un vaso de dubonnet en la mano, la sonrisa en los labios y estos pensamientos en la cabeza, Taeko se acercó a la esposa del presidente. Y a medida que se aproximaba a ella, el abdomen de esta mujer, cuyas carnes no conseguía ocultar la ropa occidental que llevaba, le parecía a Taeko cada vez más enorme bajo la débil iluminación de la sala.